

cordiosos y caritativos con los pobres; todos pueden vivir en santa y cristiana paz en su matrimonio; criar y educar con rectitud á sus hijos; cumplir los votos que hacen á Dios; huir de los vicios y suspirar por morir de un modo digno de gozar de Dios y unirse á él para siempre.

Para que lo cumplamos así y tengamos la dicha de llegar á recoger el tesoro del cielo, dignáos, Señor, en esta festividad que debe seros tan grata, que se nos dispense y seamos ayudados con la proteccion y patrocinio de santa Ana.

DISCURSO

DE SANTA ANA,

MADRE DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

Germinans germinabit, et exultabit lætabunda et laudans; gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron.

Fructificará prodigiosamente, y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; hásele dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Saron.

Isaías, c. 35, v. 2.

La prodigiosa mudanza que la venida del Mesías habia de producir en toda la tierra, descrita con los mas brillantes rasgos por el mas ilustrado de los profetas, es uno de los acontecimientos mas sorprendentes que nos ofrecen las sagradas páginas. « Llegará un dia (decia Isaías cerca de ocho siglos ántes de Jesucristo), llegará un dia en que una region desierta é intransitable se alegrará sobremanera; saltará de gozo la soledad, y florecerá como los lirios plantados en un jardin ameno; fructificará copiosamente, se regocijará llena de alborozo, y entonará festivos himnos; porque á ella ha sido dada la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo, y la belleza de Saron; sus habitantes verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios (1). »

Sí alguna vez fué licito á la pobre inteligencia del hombre profundizar el sentido de los divinos oráculos, y hacer aplicaciones á objetos, que si bien extraños al principal que el espíritu de sabiduria se propuso, dicen no obstante relacion directa y tienen no pequeña analogía con los sucesos que vaticinaban los hombres inspirados; nunca mejor que hoy pudiera yo atreverme á aplicar las palabras que acabáis de oír, al dignísimo ob-

(1) *Isaí. c. 35. v. 1 et 2*

jeto de nuestros cultos. Sea en hora buena el pueblo gentil, como place á muchos padres de la Iglesia, la verdadera region predicha por Isaías, que á la venida del Mesías debia convertirse, de desierta que era por su esterilidad en buenas obras, en un país fértil y delicioso (1). Sin embargo al contemplar la esterilidad prolongada de la ilustre santa Ana, su prodigiosa fecundidad despues de muchos años de oraciones y fervorosos ruegos, su gozo y placer extraordinarios despues de tantos dias de luto y de tristeza, de sufrimiento y de esperanza, ¿no podré yo decir en un sentido acomodaticio, que esta matrona insigne era en toda su verdad la tierra desierta é intransitable, el terreno árido é infecundo que prodigiosamente debia florecer como el lirio, y fructificar abundantemente, dando á luz un renuevo que la llenaria á ella de indecible alborozo, y haria resonar por todo el mundo himnos de júbilo y de alegría universal? ¿En quién mejor que en la augusta madre de María se verificaron aquellas palabras misteriosas, *hásele dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y la belleza de Saron?* ¿No es María con quien ni el Líbano, ni el Carmelo, ni Saron pudieron competir en hieldad, en gracias y en majestad, el fruto benditísimo concedido á santa Ana, como un don el mas inestimable y precioso que jamas pudo concederse á madre alguna? ¿Hay entre las mujeres quien pueda gloriarse de una fecundidad tan admirable? Ah! solo á santa Ana pertenece este honor; de ninguna fuera de ella puede decirse que el cielo le ha concedido un fruto de bendicion, cuya belleza, cuya santidad, cuya grandeza no pueden exactamente figurar ni el Líbano con sus empinados cedros, ni el Carmelo ni Saron con sus amenos y fecundos verjeles. ¿Y no es en fin santa Ana aquella por cuyo conducto iba á manifestarse en el mundo la gloria del Señor y la grandeza del Dios hombre, que impacientes esperaban los pueblos todos del universo?

Gloria incomparable, grandeza prodigiosa es sin duda, católicos, la que resulta á santa Ana por su cualidad augusta de madre de la Madre de Jesucristo. En virtud de este título tan honroso, véola unida al Hombre-Dios con unas relaciones, que solo en la purísima vírgen María se encuentran mas estrechas, y elevada de consiguiente á un órden superior en este concepto al

(1) *Amat.* Anot. 1 al cap. 35 de Isaías.

de todas las demas mujeres que hubo ántes de ella, ni habrá despues. Puesto que, si como dicen los Padres de la Iglesia, el Señor no crió ni criará jamas una cosa mas grande que la madre de un Dios, tampoco concebimos que, despues de esta, pueda producir en la esfera de mujer, otra mayor, mas ilustre y digna de elogio, que la que dió á luz á la Madre de este mismo Dios.

Contemplemos pues, católicos oyentes, esta grandeza singular de nuestra santa; y para nuestra mayor edificacion, hagamos atencion á las virtudes, con que se hizo digna de ella. Demos una rápida ojeada por la historia; recordemos el abatimiento y humillacion á que se veía reducida la familia de esta insigne y noble heroína; consideremos la esterilidad prolongada con que la habia afligido el Señor; y al ver la fe prodigiosa de Ana, la resignacion constante é imperturbable sumision con que se humilló en todos los sucesos ante los decretos divinos, y lo sacrificó todo á la voluntad de Dios, no dudaremos afirmar que por esto el Señor la recompensó con una fecundidad prodigiosa, que la elevó á una gloria y á una grandeza superior á la de todas las criaturas despues de la madre de Dios. *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Pudiera decirse, católicos oyentes, que el santo rey David, previendo anticipadamente el carácter de la ilustre santa, cuya memoria honra hoy el cristianismo, se habia propuesto hablar por su boca y expresar sus sentimientos, cuando al trazar el cuadro majestuoso de la adorable providencia del Señor, exclama en el Salmo 93: «El Señor es el Dios de la venganzas, él obrará con toda libertad. Haz pues brillar tu grandeza, ó juez supremo de la tierra; dá su merecido á los soberbios. ¿Hasta cuándo Señor, hasta cuándo han de estar vanagloriándose los pecadores? ¿Es posible que no han de cesar de hablar inicua-mente los que obran con injusticia? Ellos han abatido á tu pueblo y devastado tu heredad, han asesinado á la viuda y al extranjero, han quitado la vida al huérfano, y en su arrogante soberbia, han dicho: no lo verá el Señor; no sabrá nada el Dios de Jacob.»

Tal se representa á mi imaginacion el siglo de Heródes idu-

meo, usurpador soberbio del trono de Judá. Verificádose habian los decretos del cielo; la autoridad de los judíos habia pasado á extrañas manos, que empuñaban el cetro de David y habian reducido al mayor abatimiento la descendencia de este príncipe. La oscuridad mas espesa cubria el antiguo brillo de la familia mas augusta del universo. Sus miembros vivian en el retiro y en el silencio, humillados unos, perseguidos otros, y todos hechos el objeto del desprecio y del abandono mas cruel.

Entre estas ilustres víctimas, se ofrece á nuestra vista la magnánima hija de Mathan, santa Ana, vástago noble de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, la cual, como los demas descendientes de la real casa de Israel, se miraba derribada desde la cumbre de la mayor grandeza hasta el abismo de la pobreza y de la humillacion. ¿Cómo pues no habia de participar del sentimiento general, al ver hechos menudos pedazos el solio, dispersa la heredad santa, insultado el sacerdocio, y perseguido el linaje de los profetas? ¿Cómo no habia de clamar al cielo en favor de una nacion, á quien estaban vinculadas las promesas mas magnificas, y de cuyo seno debia salir el Salvador de Israel? Concebíd, si os es dado, el dolor que atravesaria el corazon de Ana, al ver las desgracias que unas en pos de otras habian venido á estrellarse sobre este pueblo, objeto un dia de las misericordias y prodigios de Jehová. Pero no juzguéis que en medio de esta nube de adversidades se resintiese en lo mas mínimo su fe. Firme é imperturbable en las promesas de su Dios, jamas desmintió su constante sumision á la voluntad divina: esta le hacia sacrificar gustosa ante sus aras aquellas grandezas de que la habia despojado la tiranía; y pobre y abatida bajo el yugo de la dependencia de Heródes, si bien ve sobre su cabeza una diadema que pertenece á su familia, respeta los designios de Dios, adora su providencia, espera en su justicia, y al traves de estas desgracias apercibe la gloria de aquel que, no con el ostentoso fausto del oro y de las armas, sino con la humillacion y la cruz ha de sojuzgar al mundo, y dar sus leyes á los príncipes y reyes de la tierra.

Ó fe admirable de Ana! No la hacen dudar de la palabra de Dios cuantos acontecimientos adversos la rodean. Sabe que el Señor es un juez justo, veraz, recto, que si bien por algun tiempo tolera el triunfo de la injusticia y de la iniquidad, tiene reservado un dia para hacer ostensible su grandeza y humillar á

los soberbios del siglo; y en su consecuencia, su fe es superior á todos los contratiempos del mundo; y ni la privacion de unos bienes á que como el que mas podia alegar un derecho indisputable, ni la oscuridad á que reducida se halla, nada en fin es capaz de alterar su perfecta dependencia de la voluntad suprema.

Mas no fueron estas solas las desgracias con que el Señor probó á nuestra heroína. Un motivo de dolor mas profundo hallaba en su esterilidad. Enlazada en matrimonio con el ilustre Joaquin, ya habian pasado cuarenta años sin que el cielo se hubiese dignado darle sucesion. Para formar una justa idea de esta prueba terrible, preciso es recordar que en la ley antigua la fecundidad era uno de los mas gloriosos distintivos de las hijas de Israel, así como por el contrario la infecundidad no solo era mirada por los judios como un oprobio, sino tambien como un carácter de maldicion lanzada sobre la familia, puesto que bajo este concepto se consideraba excluída de la esperanza de ver nacer de su sangre al Mesías prometido. Así se explica el dolor y sentimiento de la virtuosa madre de Samuel, cuando en los dias de su esterilidad no cesaba de derramar continuo llanto en el templo de Silo (1); las angustias mortales de Raquel, cuando decia á su esposo Jacob: *dáme hijos, ó de lo contrario no me es posible vivir* (2), y la tristeza de todas aquellas mujeres á quienes el Señor habia privado de la fecundidad.

¿Qué virtud pues no seria preciso tuviese santa Ana, para no dudar de la misericordia de su Dios en medio de esta desgracia, la mayor que en aquel tiempo podia suceder á una mujer? Ah! no duda esta mujer fuerte; ni un solo instante da lugar al pensamiento de que Dios se produzca con ella duramente. ¿Qué le importa su esterilidad, si de este modo cumple la voluntad de su criador? ¿Qué le importan las preocupaciones de su nacion, si el Señor acepta el sacrificio que ella hace de su propia gloria? ¿Podrán afligirla los desprecios de las demas de su sexo que la contemplan indigna de contribuir al nacimiento del reparador deseado? No, porque Ana cifra su mayor felicidad en adorar en silencio los decretos de la Divinidad. ¿Mirará con emulacion envidiosa á las que han sido favorecidas del cielo con copiosos frutos de bendicion? No, porque está persuadida

(1) 1. Reg. c. 1. v. 10. (2) Gen. c. 30. v. 1.

á que los dones de Dios son gratuitos, y que ningun mérito hay en la criatura para que pueda optar á ellos. Así que, deseosa únicamente de que se realice el gran misterio vaticinado por los profetas, sin cuidarse de que á ella no pueda pertenecer la gloria del nacimiento de Emanuel, solo se ocupa en derramar fervientes ruegos al cielo, para que acelere el momento deseado; y como escribe el P. san Epifanio, mientras Joaquin su esposo ofrece en el monte oraciones y sacrificios, ella en el silencio de su casa presenta al Señor el holocausto precioso de su humildad, de su resignacion, de su fe y de todas las virtudes.

Sacrificio sublime! oblacion preciosa! Vos la aceptaréis, Señor; vos no despreciaréis un corazon humillado y en todo conforme á vuestra divina voluntad. Lo que no negaste á las lágrimas de la esposa de Elcana, lo que concediste á los ruegos de la mujer de Jacob, será tambien la digna recompensa de la fe, de la sumision, de la constancia y virtud de Ana. Ana verá borrado el oprobio de su infecundidad; concebirá en su seno un fruto preciosísimo, que colmará abundantemente sus deseos, que sobrepujará á sus esperanzas, y que la llenará de un consuelo proporcionado al dolor y desconsuelo de su corazon, y de una gloria de todo punto superior á la humillacion en que se ve sumida.

En efecto, católicos, Ana concibe en su casto seno á la purísima virgen María, á la que como la flor entre las espinas es desde aquel primordial momento toda hermosa, toda agraciada, toda limpia, y libre de la culpa original. ¡Oh madre feliz, y entre todas la mas venturosa! Quién podrá comprender tu grandeza? quién dignamente admirar tu gloria? Con razon, católicos oyentes, el P. san Juan Damasceno, celebrando la grandeza de santa Ana, la hace hablar de esta suerte: « ¡Heroínas ilustres del antiguo Testamento! regocijáos hoy conmigo, pues siendo infecunda, he dado á luz aquel gérmen precioso, objeto de las magnificas promesas de todos los siglos, y con el néctar de mis propios pechos alimento á ese fruto de bendiccion, libre ya de la tristeza de la esterilidad que me acongojaba. Alégrese la antigua adversaria de Fenena, y celebre conmigo el nuevo é inopinado portento que ha obrado en mí la mano del Omnipotente. Llénese de júbilo Sara, que concibiendo en su senectud, no fué sino la figura de mi concepcion prodigiosa. Ensalcen las estériles é infecundas la misericordia que conmigo ha usado el

Señor, visitándome milagrosamente, y las madres que gozan del privilegio de la fecundidad, no se desdénen de exclamar: ¡bendito por siempre aquel que escuchando las plegarias de su sierva, le concedió por fruto felicísimo aquella Virgen que ha de ser madre de Dios segun la carne, y cuyo seno será un cielo en donde habitará un dia aquel, á quien no puede contener todo el universo. » (1)

Esta grandeza de santa Ana no es, señores míos, sino la justa recompensa de la fe y de la sumision de esta mujer fuerte á los decretos del cielo. Habia creído como Abrahan, habia esperado como Noé, habia sufrido como Jacob; pero su fe, su esperanza, su sufrimiento excedian en quilates á la virtud de todos los justos de la antigua ley. Cuanto de grande y admirable contempló el mundo en las heroínas ilustres que la precedieran, lo habia reasumido Ana en sí misma con una perfeccion extraordinaria en un grado el mas heroico. Su matrimonio era el tipo de la fidelidad, del amor sagrado, de la religiosidad y del decoro conyugal. Unida por Dios al hombre mas virtuoso y santo de su siglo, recogia como el receptáculo de la fuente todas sus virtudes, segun la expresion de un sabio; no habiendo en ambos mas que un solo corazon, una misma voluntad, un alma idéntica, afectos y pensamientos comunes. Como dos pimpollos de oliva plantados en el monte Libano, ó á manera de dos candeleros de oro colocados en la divina presencia, vivian sin mancha delante de Dios, y sin queja delante de los hombres. ¡O par dichoso, exclamaré con el Damasceno (2), cuya vida la mas pura, inocente y ejemplar, mereció la honra incomparable de engendrar á la que era el honor de la virginidad, el tesoro de la gracia y de la virtud, el abismo de las perfecciones de la sabiduría increada, el compendio de los prodigios del Omnipotente, el portento en fin, nuevo y nunca visto sobre la tierra!

Desconozcan en hora buena los hombres carnales esta gloria, esta grandeza sin semejante de santa Ana, porque en ella no echan de ver aquellas brillantes exterioridades que deslumbran por lo comun los ojos del mundo. La Religion tiene una vista mas perspicaz para distinguir lo real y positivo de lo quimérico y puramente ideal; la Religion sabe apreciar en su justo valor

(1) *Joan. Damasc. Orat. 2 de Nativ. B. Mariæ prop. finem.*

(2) *Joan. Damasc. Orat. 1 de Nativ. B. Mar. virg.*

la grandeza que resulta de la virtud; la Religion en fin sabe admirar lo que es digno de admiracion y menosprecia altamente esa gloria que se oscurece con el tiempo, y que no pasa los límites del sepulcro. Si en nuestra ilustre heroína no viese mas que una sangre noble, una genealogía llena de blasones y de timbres gloriosos; si únicamente la considerase como hija de reyes, de patriarcas, de pontífices y grandes capitanes; si solo contemplase á la heredera del trono de David; hubiérala admirado como á las demas mujeres, cuyos nombres se hicieron famosos en los fastos de la antigüedad sagrada, y sus elogios no hubieran pasado de los límites de una alabanza debida al mérito, al valor ó á la justicia. Pero la religion halla en esa insigne matrona un título exclusivo á ella, superior á cuantos distinguieron á las mas ilustres hijas de Judá, y mas glorioso de todo punto que cuantos pudieron alegar las mujeres todas de los tiempos fabulosos. Ana es madre de María santísima; y en este concepto ¿no sobrepuja su gloria á cuanto es posible suponer en una mujer? Si dable fuese desentrañar los anales de todo el universo, y hacer hablar á cuantas esposas han disfrutado del privilegio de la maternidad, cualidad que por sí sola, en sentir de santo Tomas de Villanueva, es una dignidad respetable, ¡ con cuánto placer veríamos resplandecer sobre todas á la incomparable esposa de Joaquin! Aquí compareceria la esposa de Lamec y diría: yo soy la madre del gran Noé, el único justo que halló en los días de su indignacion el divino Jehová, el escogido para salvar las reliquias de la humanidad y restaurar el linaje humano despues del universal diluvio. Allí se presentaría la esposa de Isai, y diría: yo soy la madre de David el escogido por el Señor para reinar sobre el trono de Israel, el destructor de los huestes filisteas, el salvador del Arca de la alianza, el vengador intrépido del pueblo de Dios, el cantor divino de las alabanzas de Sabaot. Ora la ilustre Betsabée llegaria llena de gozo exclamando: yo soy la madre de Salomon, el hombre mas científico que conoció el universo, el que disputó sobre cuantos objetos encierra la naturaleza, el que fabricó el templo mas suntuoso que admiraron los siglos, el que edificó morada al Santo de los santos, el que expendió sumas inmensas en el ornato del tabernáculo, el que agotó las minas de Ofir, trajo por los mares las piedras de Oniche, los mármoles de Páros, las maderas de Setin, y cuanto de mas precioso pudo hallarse en

las montañas del Líbano, para realzar la gloria del Señor. Ora la invencible Macabea gritaría: yo soy la madre de aquellos siete héroes que oponiéndose á la impiedad del rey Antíoco, dieron generosos sus vidas en defensa de la ley y de la Religion; que sostuvieron los derechos de Dios, pelearon por su culto, é hicieron prodigios de valor en medio del desaliento universal de un pueblo afligido y tiranizado... Pero ¿qué podrian decir estas, ni la madre de un Jérjes, expugnador de reinos enteros, ni la de Alejandro, conquistador de todo el Oriente, ni la de César augusto, pacificador del orbe, comparable á lo que de sí diría la dichosa santa Ana? Yo soy, exclamaria, la madre de aquella Virgen que ni tuvo ni tendrá jamas semejante; la madre de la que por virtud del Altísimo concibió en su seno al Dios de Noé, de David, de Salomon, de los Macabeos; la madre de la que dió á luz en tiempo al engendrado entre los luminosos resplandores de los santos, ántes que apareciese el lucero de la mañana; la madre de la que trajo al mundo á aquel que no tiene otro padre mas que al criador del cielo y de la tierra, á quien no puede contener el orbe, ante quien los Alejandros, los Jérjes y los monarcas todos se postran humildes y deponen sus diademas; yo soy la madre de la gracia, de la misericordia y de la bondad; mi hija es la margarita mas preciosa, y yo la concha que la encerré en mi seno; ella es la Arca de la Nueva alianza, y de consiguiente yo soy el santuario donde ella estaba depositada; ella la palma airosa de Cades, el cedro majestuoso del Líbano, el cipres erguido de Sion, y la rosa rozagante de Jericó, y yo el jardin ameno, en donde se crió, y el arroyuelo manso que la regué con las puras aguas de mi doctrina y educacion. En suma si María es la madre de Jesucristo, yo soy, segun la carne, abuela venturosa de este divino Mesías, y estoy estrechada con él con una alianza la mas gloriosa, la mas grande y admirable que concebirse pudo en una hija de Adan, participante de sus miserias.

¡ Alianza sublime que basta por sí sola para ensalzar á santa Ana sobre todas las demas mujeres, con la sola excepcion de su hija! Prerogativa insigne, que no fué concedida á las Judits, Esteres, Saras, Raqueles, Abigails, Dévoras, ni á ninguna de aquellas heroínas que formaron la gloria de Jerusalem, llenaron de gozo á la descendencia de Israel, y dieron honra y prez á todo el pueblo judaico.

¿Admiraránse ya los sabios del siglo de nuestro entusiasmo, al contemplar la grandeza de santa Ana? Nos preguntarán aún, en qué consiste su gloria? ; Viles insectos que arrastráis entre el polvo! vosotros sois incapaces de mirar al cielo; y aún cuando hácia él dirigáis vuestros ojos, la brillantez que despidе, os deslumbra y ciega. Habéis colocado la gloria en el falso resplandor de los bienes mundanales y terrenos, y todo lo que no sea terrestre, pareceos mezquino é insignificante. Ah! cerrád, cerrád vuestros ojos á ese engañoso aparato que el siglo os presenta; elevád vuestro corazon hácia ese mundo invisible que domina sobre vuestras cabezas; medíd la duracion del tiempo con la eternidad: cotejad los bienes del cielo con los de la tierra; y despues volviendo vuestra consideracion á la insigne madre de la santísima virgen María, podréis comprender cuánta sea su gloria, cuán superior su grandeza á la de los mayores héroes terrenos; entónces os veréis precisados á reconocer y confesar que en la línea de madre, ninguna hay, á excepcion de María, que sea tan acreedora á la veneracion de los hombres, como aquella que tuvo la dicha de engendrar prodigiosamente á la madre de todo un Dios.

Así lo han reconocido y confesado los mas ilustres ingenios del cristianismo. Así lo proclamó en un brillante discurso el sabio al par que grande emperador Leon, ensalzando la milagrosa fecundidad de nuestra santa de un modo que ha dejado los mas dulces recuerdos á la posteridad (1). Así lo han preconizado los Padres y Doctores de todos los siglos en sus inmortales producciones, y entre todos el elocuentísimo Damasceno. Tomemos en nuestros labios las palabras de este santo doctor, y volviéndonos á nuestra insigne heroína, digámosla llenos de tierna devocion: « Bienaventurada eres ciertamente, y tres veces bienaventurada, pues concebiste y diste á luz á esa divina Niña, cuyo solo nombre es digno de la veneracion de todo el universo; María, de la cual nació Cristo, flor de la vida; María, cuyo nacimiento fué tan glorioso para el mundo, y aún mucho mas sublime su milagroso parto. Nosotros nos gratulamos contigo, oh dichosísima matrona, pues nos diste un fruto de promision, á quien estaba vinculada la esperanza de todos los mortales. Bienaventurada eres, sí, y no ménos bienaventurado el

(1) Véase *Ballet. Serm. de Santa Ana. parte 2.*

fruto de tu vientre. Toda lengua piadosa engrandece hoy ese gérmen preciosísimo. Las criaturas todas gozosas y llenas de entusiasmo ensalzan y celebran los bienes que nos ha producido tu singular y portentosa fecundidad. Digna eres, dignísima sobre todo encarecimiento, de recibir nuestras alabanzas, pues en ti se cumplieron los divinos oráculos, y nos diste á aquella de la cual nació Jesus, fruto dulcísimo de la virginidad (1).» Séante pues gratos nuestros obsequios, ó Ana gloriosísima, y en prueba de que no te son indiferentes, interpón tu mediacion poderosa para con tu Hija benditísima, á fin que llevando ella nuestras preces y ruegos ante el acatamiento de su divino Hijo, como canal que es y conducto seguro de las gracias y misericordias celestiales, haga descender sobre nuestras almas raudales copiosos, que haciéndolas ahora fecundas en virtud, les merezcan para el porvenir una recompensa eterna, cual está prometida á los justos en la bienaventuranza de la gloria. Amen.

(1) *Joan. Damasc. Orat. 2 de Nativ. B. Virg. prop. finem.*